

macia de los prelados italianos que saben sacar de una derrota ventajas para ellos y para la causa que defienden!

Imposible sería negar que las decisiones del concilio fueron maduramente meditadas. Cada cuestión era, en primer lugar, estudiada por doctores en teología y luego discutida por una comisión especial, y finalmente resuelta por la asamblea general. Las sesiones solemnes y públicas solo eran para la publicación de decretos. Sin embargo, si nos colocamos en un punto de vista general, habremos de confesar que aquellas decisiones adolecían de un gran defecto. La asamblea se componía, con ligeras excepciones, casi exclusivamente de españoles e italianos: la alianza que el emperador y el Papa estaban a punto de formar había dado origen al concilio y era lo único que en este estaba representado. ¿Podía, pues, decirse que la asamblea era la verdadera representación de la Iglesia universal que había de decidir las importantes cuestiones de la religión, del culto y de la vida moral? Francia y los pueblos germanos y eslavos no habían tomado parte en el concilio (1); y la comisión de teólogos, que eran los verdaderos autores de los decretos, se componía exclusivamente de frailes, especialmente de dominicos, que siempre se habían mostrado defensores de la ortodoxia y de las ideas escolásticas. El primer período del concilio tridentino estuvo presidido por el espíritu de Santo Tomás de Aquino, cuya *Summa* era profundamente estudiada por los legados y por los teólogos, y servía de apoyo y autoridad en las deliberaciones.

El fundamento de todas las creencias cristianas es la Biblia: era, pues, muy natural que el concilio comenzara sus tareas discutiendo la cuestión de las doctrinas de la Iglesia, sobre cada uno de los libros de las Sagradas Escrituras, su texto y sus traducciones canónicas. Todos los Padres convenían unánimemente en que los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento pertenecían al canon bíblico y eran indispensables para la fe católica. Este resultado era de prever y acerca de él podía contarse con el asentimiento de los protestantes. Mas importante y decisiva era la segunda cuestión que había de discutirse, a saber: si la tradición de la Iglesia tenía para los católicos el mismo valor que la Biblia, y en caso negativo, hasta qué punto era una obligación creer en ella. Si tenemos en cuenta que era principio fundamental del protestantismo el considerar la Biblia como lo único que obligaba a los cristianos y dejar la interpretación de las Sagradas Escrituras a la conciencia individual, iluminada por el Espíritu Santo, comprenderemos que este fuese el punto principal de las decisiones del concilio. Entonces se vio que entre los obispos que asistían a esta asamblea había muchos a quienes se podía impunemente designar como cryptoprotestantes, pues sostenían que la Biblia bastaba para la salvación de las almas y que no era precisa para ello la tradición eclesiástica. El jefe de este partido era Nacchianti, obispo de Chioggia, a cuyo alrededor se agrupaban otros seis prelados, luteranos todos, como por tales les había antes denunciado a los legados Madruzzo, partidario también de las reformas (2). Un partido intermedio que solo quería dar valor religioso a la tradición directamente católica, obtuvo el mismo desgraciado éxito que el que acudillaba Nacchianti, pues la mayoría del concilio declaró la tradición eclesiástica, en toda su extensión, con igual fuerza obligatoria que la Biblia. Este acuerdo destruyó toda esperanza de conciliación con los protestantes e hizo inevitable el rompimiento

(1) Tanta parte tomaron los obispos franceses, que los italianos exclamaron alguna vez: *multum cantant isti galli*, a lo cual respondió uno de ellos: *utinam ad galli cantum surgeret et paniteret Petrus*. (N. del T.)

(2) *Lutheranissimi*: Massarelli (Döllinger I), pág. 226.

entre las antiguas y las nuevas doctrinas. En efecto, al darse un valor ilimitado a la tradición quedaba sometido todo católico a las decisiones de los anteriores concilios y Papas, y aceptaba toda la doctrina y la organización jerárquica, tales como las había transmitido la Edad media. Partiendo de este punto, podían introducirse algunas modificaciones en la forma exterior de la Iglesia; podían declararse y ordenarse sistemáticamente los dogmas; pero quedaba excluida toda reforma fundamental y con ella toda idea de dar satisfacción a las tendencias religiosas reformadoras que estaban profundamente arraigadas en todo el Norte de Europa. Este era el punto capital para la corte de Roma, pudiendo decirse que las demás decisiones del concilio de Trento fueron consecuencia necesaria de aquel acuerdo.

Con el mismo espíritu exclusivista y conservador se procedió en la cuestión de las traducciones de la Biblia, declarándose, en marzo de 1546, como única traducción la *Vulgata*, que había de ser publicada en Roma en una edición depurada, y prohibiéndose, bajo severas penas, la impresión y venta de Biblias o escritos religiosos no aprobados por los tribunales eclesiásticos. Con esto, se quiso poner toda la literatura religiosa y política bajo la más rigurosa inspección de los teólogos, y condenar toda discusión independiente de los textos bíblicos. Por medio de una especie de golpe de Estado eclesiástico se pretendía revestir del carácter de infalible a la *Vulgata*, cuyos muchos errores y defectuosas impresiones eran entonces tan patentes como ahora.

En la cuarta sesión pública (8 de abril de 1546), se publicaron estos acuerdos que el concilio había tomado sobre los libros sagrados, sobre la traducción de estos y sobre la tradición.

Estos decretos distaron mucho de agradar a Paulo III, quien calificaba de gran atrevimiento de parte del concilio el tomar acuerdos sobre las más importantes cuestiones de fe, sin obtener antes el consentimiento de la Santa Sede, y pretendía hacer ver que el concilio quería sobreponerse al Pontificado. También pareció a los teólogos de la curia romana una cosa inaudita el hecho de conceder la infalibilidad a la *Vulgata*, traducción cuya deficiencia era universalmente reconocida. Solo a duras penas pudo el legado impedir que el Padre Santo tomara violentas determinaciones contra el concilio. El Papa cedió, al fin, bajo la condición de que todas las decisiones conciliares se sometieran, antes de su publicación definitiva, a la aprobación de la Santa Sede (3).

Otra cuestión importante de reforma religiosa ocupó luego a los Padres del concilio, y fue la de regular la predicación; cuestión de la cual dependían otras muchas, tales como la regularización de la lectura pública del Evangelio, la formación de un catecismo y la organización de la enseñanza en cada diócesis. Era preciso instar a los párrocos y a los obispos para que predicaran con regularidad y limitar para lo sucesivo en favor de los ordinarios la libertad de que hasta entonces habían disfrutado los monjes de predicar donde quisieran. Este último punto dió lugar a animados debates, durante los cuales se desorganizaron, por decirlo así, los partidos que en el concilio existían. En efecto, en aquella ocasión, la mayor parte de los obispos deseaban someter a su autoridad al clero regular, al paso que los monjes, que en gran número figuraban en el concilio y que estaban dirigidos por hombres elocuentes, procuraban extender aun más su independencia y se veían protegidos por los legados, pues el Pontificado había encontrado siempre en las órdenes monásticas los más celosos defensores de su poder absoluto. En las comisiones

(3) Pallavicini, *Istoria del Concilio di Trento*, tomo VI, cap. 13, § 6. VII, 2, 1.

cruzáronse amargas y duras observaciones entre los obispos, los generales de las órdenes y los legados. Los primeros echaban en cara a los monjes que quisieran emanciparse de toda vigilancia canónica y propagaran peligrosas doctrinas, a lo cual contestaban ellos que la indolencia y la mundanal conducta de los obispos había obligado al clero regular a consagrarse por completo a la predicación incesante. Escenas por demás tristes ocurrieron finalmente por mandato divino y que por tanto no pudiese ser en modo alguno dispensado, pues hasta entonces siempre se había conseguido en Roma una dispensa por favor o por dinero. Los celosos prelados no se mostraban benévolos para con la Santa Sede: el obispo de Lanciano acusó a la corte de Roma de vender su amparo a los asesinos y disolutos; el de Badajoz no vaciló en exclamar que el obstáculo que se oponía a la extirpación de los abusos estaba principalmente en Roma, y que era preciso dirigirse al emperador para que este tomara por su cuenta la cuestión del episcopado (2). Pedíase también fuese declarada la incompatibilidad entre la dignidad episcopal y la cardenalicia que imponía a los cardenales el deber de residir permanentemente o por lo menos temporalmente en Roma.

El excesivo celo de algunos obispos y sus expresiones demasiado duras permitieron al primer legado resistir los ataques dirigidos contra la Santa Sede. La mayoría de los prelados se asustaron de las exageraciones de sus radicales compañeros, y comprendieron que, dada la peligrosa situación en que la Iglesia se encontraba, no podían romper completamente con el Papado y que solo la unidad podía salvar al catolicismo. De aquí que se aceptara con satisfacción la proposición del cardenal Cervino, cuyo objeto era aplazar para más adelante la cuestión de la residencia. También se encontró un término medio en la lucha entre obispos y monjes, permitiéndose a estos que sin consentimiento de aquellos predicaran en los templos de su propia orden, pero disponiéndose que sin autorización episcopal no pudieran predicar en las demás iglesias.

De esta suerte la prudencia y la habilidad de los legados lograron, en la mayoría de los casos, triunfar del imprudente celo y de la desunión de los obispos. Los derechos abusivos de la corte romana no fueron derogados y los monjes continuaron siendo casi por completo independientes en sus predicaciones. Los obispos se encontraron ciertamente en una situación crítica. La Iglesia, amenazada en todas partes por la herejía, no podía permitirse el lujo de un cisma; así es que cuando el Papa decretó la disolución del concilio, los obispos se vieron obligados, para no trabajar en pro de los luteranos, a someterse y a regresar a sus diócesis, quedando intactas la dignidad y la autoridad de la Santa Sede. Véase, pues, cómo el concilio, a pesar de haberse sublevado temporalmente contra la voluntad del Papa y contra los conocidos abusos de su curia, tuvo que someterse definitivamente a uno y a otra. ¡Cuánto se engañaron aquellos que esperaban que el concilio produciría una modificación completa en el modo de ser de la Iglesia y de su jerarquía!

(1) Raynaldi *ad an.* 1546, número 65.—Gen. Calenzio, *Documenti inediti sul Concilio di Trento* (Roma 1874) pág. 3.

(2) 10 de junio de 1546: Theiner, I, 140.

El Papa pudo también jactarse de otra victoria conseguida en una cuestión, en la cual sus opiniones diferían esencialmente de las del emperador. Ya sabemos que Carlos, a pesar de haber declarado la guerra al landgrave de Hesse y al elector de Sajonia, no quería comprometerse contra sus propios aliados protestantes, y deseaba evitar que la lucha tomara un carácter religioso (3). Por esto pedía con insistencia que no se tratara de los dogmas en que las doctrinas católicas estaban en abierta contradicción con las luteranas, y especialmente de la cuestión del pecado original. La curia romana, por el contrario, quería hacer inevitable el rompimiento con los herejes y que fueran condenadas por el concilio las opiniones por estos sostenidas. Paulo ordenó repetidas veces que la cuestión del pecado original fuese puesta a discusión desde luego; y a pesar de las protestas y de las amenazas de los embajadores imperiales, los legados, apoyados por todos los italianos y por los franceses, obtuvieron un triunfo completo en este punto, fracasando desgraciadamente cuantas proposiciones de aplazamiento se presentaron. Ya se comprenderá que las decisiones adoptadas por el concilio respecto del mencionado dogma, fueron por completo opuestas a las opiniones de los protestantes. En vano procuró el emperador que se aplazara, por lo menos, la publicación del decreto sobre el pecado original; el concilio se opuso a sus deseos y la publicación se verificó en la quinta sesión solemne, celebrada en 17 de junio de 1546.

El concilio, pues, trabajaba exclusivamente según las indicaciones del Padre Santo, y su consideración e importancia se aumentaron con la llegada de gran número de prelados y de embajadores de todos los grandes Estados católicos, a excepción de Polonia.

Los legados, sin embargo, mostraban cierta desconfianza en las discusiones sobre la doctrina de la rehabilitación que estaba al orden del día. En este punto, el concilio parecía inclinarse a la parte más importante y más original de toda la doctrina protestante que, como es sabido, funda la salvación del hombre exclusivamente en la fe en Jesucristo y en el sacrificio, pasión y muerte del Salvador, no viendo en las buenas obras de los hombres más que una prueba de la fe. Precisamente en esta cuestión coincidían con las de los luteranos las opiniones de gran número de prelados católicos, y de aquí el temor que asaltaba a los legados. Añadiase a esto que el emperador excitaba constantemente al concilio a que se cuidara más de la constitución de la Iglesia y aplazara la discusión de los dogmas, que imposibilitaría a los protestantes para tomar parte en el concilio. Los legados, es decir, los celosos De Monte y Cervino, deseaban, para evitar penosas y peligrosas discusiones, que se acallara en lo posible para lo sucesivo toda oposición. Pero a ello se oponían dos obstáculos: por un lado, la influencia del emperador, que no podía menos de dejarse sentir en una ciudad del Imperio, y por otro, la acción directa del cardenal Madruzzo, obispo y príncipe de Trento, adalid acérrimo de las ideas reformadoras del emperador. Por este motivo vemos a los legados trabajar con dos objetos: primero, hacer imposible toda intervención de Madruzzo en el concilio, y segundo, trasladar a este desde Trento a una ciudad realmente italiana, y en lo posible pontificia. Para ello pidieron al Papa que les enviara más obispos italianos, pues los «ultramontanos» no querían seguir ya ciegamente la bandera pontificia.

El desenvolvimiento de los sucesos políticos y militares dió el triunfo a estos planes maquiavélicos.

En junio de 1546 había el emperador firmado con el

(3) El nuncio Verrallo al legado en Trento, 13 de junio de 1546. Quirini, IV, 304.

Papa la alianza para destruir á los protestantes, y prometido no hacer á estos concesion religiosa alguna, sin el consentimiento del Padre Santo. Pero Carlos procuró ocultar siempre su juego á los ojos del mundo; y como había sabido atraerse á una porción de príncipes protestantes, afirmaba que la guerra no tenía por objeto producir una reacción religiosa, sino la sumisión y castigo de algunos rebeldes Estados del Imperio. El Papa, en cambio, no vaciló ni un momento en proclamar, con gran sentimiento de Carlos V, la guerra santa contra los herejes y en excitar á los Estados católicos á que tomaran parte en ella. Un ejército pontificio, mandado por un Farnesio, nieto de Paulo III, se dirigió hácia el Norte y se presentó á las puertas de Trento para juntarse con el del emperador. Este, entre tanto, se encontraba en una situación crítica, pues era muy reducido el número de tropas que consigo tenía, y en cambio, los aliados de Esmalcalda reunían fuerzas considerables, se concentraban en Baviera y se apoyaban de la montaña de Clanse, que era la llave del Tirol. El general de los rebeldes, Schärtlin, se proponía avanzar hácia el Sur y dirigirse probablemente contra Trento. ¡Qué gran presa hubiera sido para un ejército protestante la representación de la Iglesia católica con los legados apostólicos! Muchos Padres creyeron, ó fingieron creer, que no se encontraban seguros en Trento, y el arzobispo de Corfú dijo públicamente, en 15 de julio, ante la asamblea general, que era demasiado peligrosa la permanencia en Trento y que por esto solicitaba el aplazamiento del concilio. El arzobispo de Siena hizo iguales manifestaciones, y desde entonces los legados no cesaron de trabajar para el mismo objeto, ya directamente, ya valiéndose de medios ocultos.

Esta tendencia tomó mayor cuerpo cuando en el concilio se hicieron atrevidas manifestaciones heréticas. Al tratarse de la doctrina de la rehabilitación, los obispos se asieron materialmente de los pelos (1). Los legados procuraron fatigar á los Padres, aplazando cada vez más la fecha de la próxima sesión pública. Los cardenales imperiales Madruzzo y Pacheco estaban altamente indignados por esto, y en la sesión del 30 de julio tuvieron una reñida escena con De Monte. Pacheco acusó públicamente á los legados diciendo que falseaban los votos y que pasaban arbitrariamente por encima de las decisiones de la mayoría del concilio. El primer presidente contestó con su acostumbrada dureza hablando de la parte más juiciosa y de la menos juiciosa del concilio. Una interrupción de Madruzzo proporcionó á De Monte la ansiada ocasión de comenzar con él una lucha, á fin de hacer imposible la continuación del concilio en aquella ciudad. De Monte trató al cardenal de Trento de un modo tan injurioso, que éste tuvo que abandonar el salón diciendo: «Tomad como queráis mis palabras, soy un noble,» con lo cual aludía claramente á la humilde condición del primer legado. Este había conseguido lo que hacía tanto tiempo estaba deseando: «Si él es un noble, contestó, yo no soy un hombre vulgar, y me retiraré á un lugar donde ningún noble pueda tiranizarme.» Con esto daba á comprender la traslación del concilio á una ciudad sometida á la soberanía pontificia; y en efecto, un breve pontificio de 3 de agosto le autorizó para proceder á ello.

Si registramos la correspondencia de los legados, nos convenceremos firmemente de que la cólera de De Monte, fingida y meditada con ocasión del conflicto con los cardenales imperiales y especialmente con el de Trento, era un pretexto para abandonar esta ciudad. Además Madruzzo, hasta entonces jefe

(1) Véase la burlesca escena ocurrida entre los obispos La Cava y Chiron; Theiner, I, 192.

del partido imperialista y de la reforma independiente, quedaba completamente fuera del concilio. Este cardenal, á causa de las acusaciones de De Monte se vió de tal manera maltratado y amenazado desde Roma, que tuvo que implorar el perdón y retirarse por completo. El concilio se veía cada vez más depurado de aquellos miembros que no se plegaban incondicionalmente á los deseos de los legados. Algunos de esos obispos, como el de La Cava, fueron ignominiosamente arrojados del concilio por aquella mayoría servil. El cardenal Pole, presidente nominal del concilio, se alejó de una asamblea que rechazaba, cada día con mayor tenacidad, sus moderados y conciliadores esfuerzos, y á pretexto de hallarse su salud quebrantada, se retiró á Padua hasta que obtuvo del Papa su licencia absoluta.

Libres de todos esos adversarios, De Monte y Cervino creyeron poder vencer fácilmente la resistencia que algunos prelados oponían á la idea de trasladar el concilio. Ambos legados, en sus cartas confidenciales dirigidas á sus influyentes colegas de Roma, decían francamente que la guerra alemana era un simple pretexto para la traslación, añadiendo que esta era tanto más importante cuanto que á la sazón se trataba de fijar los derechos de los obispos respecto de la Santa Sede y que en su consecuencia el concilio se encontraría más seguro en una ciudad pontificia que en Trento. Tal era el proceder de la diplomacia papal que cubría siempre con motivos de virtud y de piedad, sus procedimientos egoístas y sus engañosas habilidades.

Pero cuando los legados estaban á punto de proponer á la asamblea general la traslación, el emperador se opuso enérgicamente á ella. Carlos había sabido resistir con éxito á los protestantes y unirse con las tropas austriacas, españolas, italianas y pontificias. Encontrábase, pues, con mayores fuerzas que sus enemigos y con su poder había aumentado su consideración. De aquí la necesidad de tener consideración al campeón de la Iglesia y del Pontificado, el cual declaró peyorativamente á los legados que no consentiría en que se aplazara ó trasladara el concilio, lanzando además amenazas directas contra Cervino, á quien consideraba como su más acérrimo y peligroso enemigo, y cuya destitución solicitó y obtuvo del Papa (2).

El Papa y sus legados no tuvieron valor para romper abiertamente con el poderoso soberano en cuyas manos se encontraba la suerte de la Iglesia; así es que prefirieron por de pronto ceder y esperar mejor ocasión de realizar sus planes. De Monte declaró con general sorpresa, en la sesión del 13 de agosto, que durante las últimas semanas se había trabajado poco á causa de la expedición de las tropas y de la marcha del cardenal Farnesio hácia Alemania; pero que ya que se presentaban bajo un aspecto más favorable los sucesos en el territorio alemán, era preciso anudar seriamente las tareas de la asamblea. Añadió que nadie debía abandonar á Trento, porque había desaparecido todo temor de peligro. Los obispos que se habían marchado de la ciudad fueron llamados por los legados por medio de correos.

Sin embargo el principal de los dos legados, Cervino, no quiso renunciar todavía á los propósitos de la curia romana; y como nada podía hacerse sin consentimiento del emperador, procuró llegar con este á un acuerdo, mediante el cual él se ofrecía á desistir temporalmente de la publicación del decreto sobre la rehabilitación para dar tiempo al emperador de desarmar á los protestantes, á condición de que Carlos consintiese en que se suspendiera por seis meses el concilio y se dejara al juicio del Papa cuanto á las reformas disci-

(2) El emperador á Juan de Vega, su embajador en Roma, 31 de julio. Maurenbrecher, pág. 72.

plinarias se refería. En este sentido, los legados redactaron, en unión de los representantes del emperador en Trento, un proyecto de convenio, que no mereció la aprobación imperial (diciembre de 1546). Los legados entonces, poseídos de cólera al ver que constantemente se oponía el emperador á sus proyectos, rompieron las negociaciones y en la tarde del mismo día en que había llegado el mensaje del emperador, De Monte excitó á los Padres del concilio á que fijaran un plazo para la publicación solemne del decreto relativo á la doctrina de la rehabilitación. A pesar de la enérgica protesta de Pacheco y de los demás prelados españoles, la mayoría italiana, siempre servil, acordó que la próxima sesión pública tendría efecto el día 13 de enero del siguiente año. Esta era una nueva prueba de cuán infundadamente decían los legados que el concilio se hallaba en Trento hartamente á la influencia imperial.

Esta sexta sesión pública fué de gran importancia: publicáronse en ella los capítulos y cánones referentes á la doctrina de la rehabilitación, con lo cual se establecía para siempre la división de la cristiandad en dos Iglesias enemigas. ¡Momento decisivo! El concilio declaró, en el quinto capítulo, que el comienzo de la rehabilitación era una gracia voluntaria que Jesucristo concedía sin mérito alguno por parte de los hombres, gracia que estos podían aprovechar ó no; de tal suerte que los hombres (cap. 6) adquirirían por sí méritos para su rehabilitación con su sumisión á la fe, con su arrepentimiento, con sus buenos propósitos de mortificar la carne y con sus buenas obras (cap. 10 y 16). Todo creyente puede esperar obtener la divina gracia, pero nadie está seguro de conseguirla (cap. 9). El pecado mortal produce por resultado la pérdida de la gracia, por más que la fe permanezca intacta (cap. 15). Todos estos preceptos eran contrarios á las doctrinas protestantes. En el canon 33 se condenaban solemnemente las doctrinas contrarias á estos principios.

El concilio no se cuidó para nada del emperador: sometido por completo á la influencia de Cervino, cuyo celo clerical se hallaba fortalecido por el odio y la sed de venganza que sentía contra Carlos, acordó, en la misma sesión, formar proceso á todos aquellos obispos que sin causa legítima no se encontraran presentes en la asamblea, manifestando públicamente la mayoría que esta disposición estaba directamente encaminada contra los obispos alemanes (1).

Los Padres trabajaron con celo y actividad para rodear el edificio de la Iglesia de nuevos baluartes que lo defendieran contra los ataques de la herejía. ¡Cuán por completo se habían engañado aquellos que esperaban del concilio una reconciliación con los protestantes! Pasóse luego al decreto sobre los sacramentos. En los anteriores concilios no se habían tratado las doctrinas heréticas en general sino las personales, con lo cual se había dado á los interesados derecho y ocasión para exponer ante la asamblea sus opiniones. En Trento, se procedió de distinta manera: Paulo III temió que si se emplazaba á los protestantes para ante el concilio, se mostrarán en este divergencias de opinión que hiciesen patentes á todo el orbe las tendencias protestantes que en el fondo profesaban muchos obispos. Por esto ordenó que no se citara nombre alguno, fuera del de Lutero—que, habiendo muerto ya, no podía causar daño alguno—y que se evitara todo procedimiento jurídico y por tanto toda controversia de esta especie. Fácil fué, pues, combatir y vencer á un enemigo ausente. El concilio dictó 14 artículos sobre los sacramentos en general y 17 sobre el bautismo y 4 sobre la confirmación en especial. En ellos se decía que los sacramentos

eran siete, que eran indispensables para alcanzar la divina gracia, que solo los sacerdotes tenían el derecho de administrarlos, etc. etc.

Más reñida fué la lucha sobre el citado decreto reformista referente á la residencia de los obispos. ¿Podía ó no el Papa dispensar á estos de aquel deber? Podía, si este se derivaba de un derecho humano, histórico; y no podía; si era el mismo Dios el que había impuesto á los obispos la residencia. Esta última opinión fué defendida de palabra y por escrito, especialmente por los españoles. No se trataba, como pretendían hacer creer los legados, de una simple teoría falta de todo valor práctico. Diez veces habían prohibido los concilios á los obispos ausentarse de sus diócesis, pero estos preceptos habían quedado sin cumplimiento, pues los Papas, con gran indulgencia, concedían constantemente dispensas. En 1538, una comisión de cardenales había demostrado que casi no había ningún obispo que permaneciera regularmente en su residencia (2). Era preciso poner remedio á este mal; y además con este motivo los obispos del partido independiente quisieron imponer al Papa el nombramiento de prelados dignos y aptos, al paso que los legados y sus partidarios solo aceptaban una humilde súplica dirigida al Padre Santo.

A pesar de la larga duración de estas luchas, era fácil prever el resultado definitivo, pues al paso que el número de los «ultramontanos» apenas se aumentaba, la curia romana enviaba incessantemente á Trento obispos italianos, completamente adictos á ella, los cuales sin cuidarse de las reformas que las naciones extranjeras deseaban, procuraban solamente captarse el favor de la corte pontificia y acallar con su superioridad numérica la oposición de los extranjeros. El obispo de Saluzzo se atrevió á negar la autoridad universal del concilio, fundándose en que el Papa no asistía á él y habló de los zorros españoles que trabajaban en secreto para someter al Padre Santo al concilio (3). A los prelados que les hacían la contra los amenazaban con citarlos como herejes para ante el tribunal de la Inquisición. ¿Qué quedaba, pues, de la tan cacareada independencia del concilio? Con estos medios de intimidación se consiguió el objeto deseado. El partido independiente tuvo que retirarse en vista de las derrotas que los legados y la mayoría le inferían continuamente, y renunció á incluir en el decreto de residencia á los cardenales, á quienes querían hacerlo extensivo los españoles. Esta cuestión disgustó de tal manera al Papa, que dirigió á los españoles una carta llena de reconveniones.

En 5 de marzo de 1547 se celebró la séptima sesión pública, promulgándose en ella las disposiciones adoptadas sobre los sacramentos y sobre la residencia episcopal. En el decreto referente á esta última se eludió la cuestión de si era de origen divino ó de origen humano; en él se prohibía tan solo que una misma persona reuniese varios obispados, curatos ó beneficios eclesiásticos. Disponía además aquel decreto que todos los obispos electos habían de hacerse consagrar dentro del término de seis meses; sometía á los aspirantes al sacerdocio á un exámen á que procedía el obispo diocesano y daba á este el derecho de revisar y aun reformar todas las iglesias y hasta el cabildo de su diócesis. Todos estos preceptos eran excelentes; pero como los legados dispusieron que al decreto precediese la fórmula de «sin disminuir en lo más pequeño la autoridad de la Santa Sede,» quedó abierta la puerta á toda clase de abusos. Además, no habiéndose declarado mandato divino la residencia de los obispos, el derecho que tenía el Papa de otorgar dispensas

(2) Le Plat, II, 601.

(3) Asamblea general de 15 de enero de 1547. Theiner, I, 383.

(1) Pallavicini, VIII, 18, 13, IX, 1, 12.

de todos los deberes quedó subsistente, y la intriga y el soborno pudieron quebrantar de nuevo las leyes canónicas más severas y necesarias.

La sesión de 5 de marzo, que había de poner temporalmente término a las tareas del concilio, precedió en poco tiempo a una catástrofe inesperada.

Ya sabemos que el concilio debía su existencia al convencimiento en que estaba Paulo III de que, para salvar a la Iglesia de los grandes peligros que la amenazaban, era imprescindible conservar la amistad del emperador. Para obtener el apoyo de este había el Papa accedido a sus deseos convocando la representación de la cristiandad católica en una ciudad del Imperio alemán. La situación sin embargo se había modificado notablemente de algunos meses a aquella parte: en efecto, Carlos V había vencido por completo a sus adversarios protestantes, y en su poder había caído a fines del año 1546, toda la Alemania del Sur, pudiendo considerarse segura la próxima conquista de la del Norte.

Estas ventajas conseguidas por la causa imperial eran más decisivas de lo que el Papa había esperado. Ya no eran en modo alguno temibles los protestantes alemanes, a quienes creía perdidos y que, por lo menos, habían roto definitivamente con Carlos; pero en cambio el poder del emperador le infundió recelos y envidia. Dueño el emperador de toda la Alemania ¿no pesaría con doble fuerza sobre Italia y sobre el Pontificado? Por de pronto, había ya enviado como gobernador a Milan a Fernando Gonzaga, irreconciliable enemigo de los Farnesios, que comenzó la lucha con Pedro Luis hijo del Papa y nombrado por este duque de Parma y de Piacenza. Injusto sería, sin embargo, afirmar que únicamente el temor de perder su situación como príncipe italiano y los esfuerzos en pro de su familia indujeron al Papa a observar una actitud hostil respecto del victorioso Carlos V. Lo que principalmente le movió a ello fué el temor de ver a la Santa Sede completamente sometida a los Habsburgos, hasta en las cuestiones de fe, y el de que triunfaran las tendencias reformistas de Carlos V sobre el espíritu conservador jerárquico que dominaba en la curia romana. En Trento habíase mostrado patente el antagonismo entre los intereses de ambas potestades. El ministro y confidente del emperador, Granvella, se burlaba descaradamente de aquellos pocos obispos italianos que querían dictar leyes a todo el mundo (1). Los legados, por su parte, decían repetidas veces en sus cartas confidenciales que solo podían contar con los italianos. La publicación del decreto sobre la doctrina de la rehabilitación, que se hizo en la sexta sesión, fué por todo el mundo considerada como un acto de hostilidad contra el emperador (2), y todavía se mostró más claro este antagonismo en las cuestiones políticas.

Carlos quedó en extremo sorprendido cuando, en enero de 1547, Paulo III no solo retiró sus tropas del ejército imperial, sino que participó al emperador que el tesoro pontificio no podía darle las cantidades que en el tratado del año anterior le había prometido. Además el Papa se negó rotundamente a que Carlos siguiera explotando la Iglesia española con cuyas riquezas hasta entonces se habían sostenido en gran parte los ejércitos imperiales. Los sobrinos de Paulo, los Farnesios, comenzaron a negociar con Francisco I, el cual, a pesar de las promesas solemnemente hechas en el tratado de Crespoy, se aprestó a oponerse a los constantes progresos políticos y militares del emperador, hizo preparativos de guerra, prometió auxiliar con dinero a Sajonia y a Hesse y concertó con Venecia, Dinamarca y Escocia una

(1) Ranke, *Obras*, VI, 353.

(2) Ribier, *Lettres et Mémoires d'Etat* (Paris 1677), I, 620.

gran alianza contra Carlos V (3). ¡De esta suerte, el Papa se aliaba mediatemente con los herejes y contra el emperador, es decir, contra el adalid del catolicismo que tantas veces había combatido a la herejía!

Carlos se indignó profundamente ante la conducta desleal del Papa y manifestó a las claras su indignación en sus entrevistas con el Nuncio, diciendo que se le quería arrebatar la victoria de las manos en el preciso momento en que más asegurada creía tenerla. Al mismo tiempo declaró al emisario pontificio que impondría contribuciones al clero español y dispondría de los bienes eclesiásticos sin permiso de la Santa Sede, pues se trataba de una lucha contra la herejía y por esta razón sentía menos remordimientos por su conducta que el mismo Papa, el cual, a pesar de estas circunstancias, guardaba el dinero en sus arcas para enriquecer y engrandecer a su familia. Carlos, no contento con esto, amenazó con firmar con los protestantes una paz y alianza que le permitieran fácilmente triunfar y vengarse de todos sus enemigos.

Paulo III se creyó en efecto seriamente amenazado por el emperador y quiso, en su consecuencia, librar por completo al concilio de la influencia imperial, volviendo a su plan de trasladarlo a una ciudad italiana; pero como era político demasiado sagaz para dar a su adversario ocasión de acusarle personalmente ante toda la cristiandad por aquel acto de violencia, aprobó la proposición de De Monte y de Cervino dejando que la mayoría del concilio acordara su traslación a Bolonia.

Fácil fué encontrar un pretexto para ello. Durante las primeras semanas del año 1547, fallecieron dos miembros del concilio y algunos teólogos y criados, cosa muy natural tratándose de una asamblea numerosa y compuesta de personas de avanzada edad. Los legados dijeron en seguida que reinaba en Trento una epidemia de fiebre escarlantina, y encargaron al médico oficial del concilio, que lo era entonces el célebre doctor Fracastor, que abriera una información. Aquel hombre de confianza de los legados no dejó, como se comprenderá, de hablar de peligro de contagio y de peste (4). Una docena de obispos adictos al Papa emprendieron precipitada fuga y los legados tuvieron el deseado pretexto para hablar, en la asamblea general de 9 de marzo de 1547, de la epidemia y de la incesante deserción de obispos y atraer astutamente sobre el concilio la responsabilidad de las medidas que se adoptaran.

De antemano, estaban ellos seguros del triunfo de su causa. A pesar de los apasionados discursos de los prelados imperialistas; a pesar de las protestas de los médicos de la ciudad que, fundados en las listas de mortalidad, declaraban la epidemia una quimera, la mayoría pontificia votó unánime y prontamente en el sentido deseado. Era preciso, sin embargo, apresurarse a fin de que el emperador no tuviera noticia del acuerdo antes de su ejecución, y tomara las convenientes medidas para impedirlo. Ya en 11 de marzo se resolvió por 38 votos contra 14 y cuatro abstenciones la traslación del concilio a los Estados de la Iglesia. Los legados se quitaron en cierto modo la máscara detrás de la cual hasta entonces habían ocultado la cara, proponiendo la ciudad de Bolonia como punto de reunión, lo cual como era de suponer fué aceptado desde luego. Al día siguiente, ellos y sus partidarios habían ya abandonado la ciudad de Trento. «En Bo-

(3) Despacho de Mesnages, embajador francés cerca del emperador; Bucholtz, *Historia del emperador Fernando I*, VI, 518. Varios despachos del embajador francés, en Ribier, I, 593, 595, 600, 606, 610, 613, 617, 627.

(4) El mismo historiador eclesiástico Raynaldi acusa de engaño a Fracastor y a su compañero Balduino.

lonia hemos salido de la esclavitud egipcia y entrado en la tierra de promisión,» escribía uno de ellos pocos meses después (1).

Esto no obstante, Pacheco y los obispos imperialistas permanecieron en Trento como desde hacía tiempo se lo venía ordenando Carlos V. En el concilio se había promovido un verdadero cisma: el catolicismo se veía de nuevo amenazado de graves peligros.

II.—LA SEGUNDA ASAMBLEA TRIDENTINA

El emperador exige que el concilio vuelva a Trento.—Sorpresa de Piacenza y muerte de Pedro Luis Farnesio.—Reforma independiente en Alemania.—Protesta del emperador en Bolonia y en Roma.—El Interim.—Disolución del concilio de Bolonia.—Humillación y muerte de Paulo III.—Julio III favorable al emperador.—Presidio sinodal.—Apertura de la segunda asamblea tridentina.—La comunión.—El concilio y los protestantes.—Descontento en Trento.—Los protestantes ante el concilio.—Rompimiento entre Julio III y Carlos V.—Suspensión del concilio.—Abdicación de Carlos.

Bajo el punto de vista de la forma, no tenían razón los prelados que se habían quedado en Trento, pues no el Papa y sus legados, sino una gran mayoría del concilio había acordado de un modo legal é indiscutible la traslación del sínodo a Bolonia. Esto no obstante, era tan claro como la luz del sol que aquel acuerdo había sido adoptado por instigaciones del presidente influido por el Papa, pues de lo contrario nadie se habría atrevido a elegir una ciudad pontificia para las próximas reuniones. Los embajadores imperiales afirmaban que tenían pruebas evidentes de la intervención de Paulo (2), el cual aprobó la traslación del concilio ante el colegio de cardenales.

Los asuntos se desarrollaron más rápidamente de lo que el mismo Papa había creído, lo cual unido a la oposición que su proposición encontró entre algunos cardenales, hizo que comenzara a temer por las consecuencias de aquel acuerdo, tanto más cuanto que continuamente recibía malas noticias para sus proyectos. Pronto se vió cuán fútil había sido el pretexto que había motivado la traslación del concilio, pues apenas hubo salido de Trento la mayoría de la asamblea, desapareció de aquella ciudad toda huella de epidemia. A pesar de las órdenes que de Roma se recibían, permanecieron en Trento los prelados imperialistas, los cuales declararon que esperaban se reanudara allí las tareas de un concilio legal. Al poco tiempo, en 31 de marzo de 1547, falleció Francisco I, en quien Paulo III tenía fundadas todas sus esperanzas, y su sucesor, Enrique II, adoptó una actitud favorable a la paz. El sultán, con cuyos ataques contra los Habsburgos contaba también el Papa, firmó con Carlos un armisticio; de modo que el emperador resultó más poderoso y más temible que antes, y la victoria de Mühlberg (24 de abril de 1547) puso a su disposición a los príncipes de Sajonia y de Hesse y le hizo dueño de toda la Alemania.

En tales circunstancias, el Papa creyó prudente enviarle al cardenal Sfondrato para que procurara inclinarle a favor de la reunión del concilio en Bolonia. ¡Vana esperanza! Carlos rechazó con desprecio las seguridades que se le dieron de que el Papa no había tenido intervención alguna en la cuestión de la traslación del concilio a Bolonia, y mostrándose en extremo indignado, amenazó con dirigirse armado contra Roma. El recuerdo del saqueo del año 1527 estaba todavía

(1) Baluze-Mansi, III, Apéndice, pág. 145.

(2) Despacho de Mendoza, Roma 18 de setiembre de 1547; Döllinger, «Datos para la historia política eclesiástica y de la civilización» (Regensburg 1862) I, 115.

presente en la memoria de todos, y además el emperador dejó entrever que podría suscitarse un verdadero cisma, producido por la convocación de un concilio antipapal que se reuniera en Trento.

Carlos, como hábil diplomático, supo, en el momento oportuno, exagerar su cólera y la hostilidad de sus intenciones para acobardar al adversario. Su plan consistía, no en abandonar a la Iglesia católica y romper por completo con la Santa Sede, sino en someter a ésta a sus proyectos y en restablecer el concilio de Trento para imponerle una conciliación con los humillados protestantes alemanes. Por esto ordenó a los prelados que habían permanecido en Trento que no abandonarían dicha ciudad bajo pretexto alguno, pero que se apartaran de tratar ninguna cuestión propia del concilio a fin de no producir una escisión en el seno de la Iglesia. La historia del concilio de Basilea demostraba con harta evidencia cuán poco había que esperar de un sínodo antipontificio y cismático, cuyas huellas solo habría sido procedente seguir si Carlos hubiese querido ponerse, como Enrique VIII de Inglaterra, al frente de una Iglesia especial. Pero esto se oponía a las convicciones y a las tendencias universalistas del emperador, amén de que España, verdadera base y apoyo de su poder, no le hubiera seguido por este camino. La permanencia de aquellos obispos en Trento no tenía pues más objeto que protestar contra la asamblea de Bolonia y facilitar el regreso de los demás prelados a aquella ciudad.

La asamblea de Bolonia en nada se parecía a un concilio general: constituíanla apenas treinta obispos, italianos todos, y mercenarios la mitad de ellos de los legados (3). Ningun embajador de príncipes seculares se había presentado allí. El mismo Papa invitó a aquel pseudo-concilio a que aplazara sus tareas hasta fines de setiembre y a que renunciara a publicar decreto alguno. Pero con esto no pudo contentar al emperador, quien, por el contrario, envalentonado con estas muestras de debilidad que daba Paulo, se empeñó más energicamente todavía en obtener la completa sumisión del Papa.

Este no quiso prestarse a ella é imploró el auxilio de Enrique II, el cual comenzaba a enemistarse con el emperador y envió por entonces algunos obispos y embajadores a Bolonia. Paulo recobró las esperanzas y se propuso aumentar hasta ciento el número de prelados para dar ciertos visos de formalidad al concilio en aquella ciudad reunido.

La situación de Carlos se iba complicando, pues como no quería promover un cisma, no podía oponerse a las decisiones del concilio de Bolonia. En vista de esto, decidió amenazar al Papa por medio de un acto de violencia que hiriera al Pontífice en sus más íntimos sentimientos; y mandó a Fernando Gonzaga que atacara en Piacenza a Pedro Luis de Parma, el más peligroso de entre sus enemigos los Farnesios, y ocupara con tropas españolas aquella importante fortaleza. En aquella ocasión pereció el mismo Pedro Luis (setiembre de 1547).

Este fué un golpe tremendo para el anciano Papa, cuyos sentimientos de padre y cuyo orgullo de familia quedaron en extremo lastimados y quebrantados. A pesar de la circunspección que observó Carlos, no tardó en saberse en seguida de dónde había partido el golpe. Paulo estaba fuera de sí y quería aliarse con Francia, con Venecia y con los mismos turcos y berberiscos—«y darse al diablo, como decía cínicamente el cardenal Farnesio, con tal de conquistar los

(3) La lista de sus nombres se encuentra en Salenzio, pág. 40. 14 obispos recibían sueldos regulares, otros recibían algunas cantidades de cuando en cuando.